

Elecciones

Vencer sin Convencer

—POR LORENZO MEYER—

CUANDO don Miguel de Unamuno apostrofó al general Millán Astray, en Salamanca diciéndole: "Venceréis, mas no convenceréis", estaba, a la vez, definiendo en lo esencial al autoritarismo franquista en formación y haciendo una predicción. Acertó: Franco venció, pero pese a todos los esfuerzos del caudillo, su régimen no contó con la lealtad necesaria para sobrevivirle. Para quien desea ejercer el poder, la verdadera victoria consiste en que la mayoría de los miembros de un sistema estén convencidos de la legitimidad de su derecho a representar la voluntad y el interés general. La fuerza es siempre un sustituto muy pobre del convencimiento; la inherencia, y la costumbre son ligeramente mejores, pero no mucho.

Uno de los problemas de la élite política mexicana actual es la débil credibilidad con la que cuenta entre la ciudadanía, en particular en lo que se refiere a su derecho de gobernar, basado en un supuesto triunfo electoral ininterrumpido desde 1916. En mi opinión, el poder de nuestros gobernantes se ha basado más en la costumbre, la inercia y la falta de una alternativa realista, que en la fuerza positiva de su legitimidad.

★

EN estos tiempos de crisis y de renovación moral, el gobierno busca afanosamente revitalizar la legitimidad del sistema para evitar que la depresión económica acabe con la apatía, la desmovilización y la inercia tradicionales y en su lugar surja una ciudadanía dispuesta a escuchar a quienes en el pasado han predicado en el desierto, es decir, a la oposición. Por ello nuestros actuales gobernantes intentan, entre otras cosas, convencernos de que las elecciones están dejando de ser un proceso ritual, sin contenido, para convertirse en lo que siempre debieron ser: el instrumento, verdadero para seleccionar a esa cadena de mando que va desde el Presidente de la República hasta las autoridades municipales. Por un momento esto pareció funcionar —en Chihuahua, por ejemplo, la contienda electoral fue real— pero poco después de paladear el sabor de la derrota en varias municipalidades, el sistema parece haber optado por los viejos métodos que en esencia se pueden resumir así: "El PRI nunca pierde y cuando pierde arrebatá".

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

Elecciones

Sigue de la página seis

Yo, desde luego, no tengo los documentos ni dispongo de otros medios para saber qué pasó en Juchitán, ni qué acaba de pasar en Baja California Norte, pero me parece que en ambos casos la victoria gubernamental ha dejado mucho que desear en relación a la supuesta meta de vencer y sobre todo convencer. Las acusaciones y las movilizaciones locales de la oposición —la COCEI por un lado, el PAN por el otro— han sido de una magnitud e intensidad suficientes como para hacer surgir la duda —siempre a flor de piel— de la legalidad del desconocimiento de la autoridad local en Juchitán y del triunfo electoral del PRI en Baja California.



LAS circunstancias locales y el pasado son obstáculos muy fuertes para llevar al convencimiento que el gobierno busca. Cuando el Presidente Miguel de la Madrid decidió hacer una campaña partidista en Baja California en favor del candidato priísta, hizo a un lado una vieja y en mi opinión útil tradición, que hace que la Presidencia mexicana, tan poderosa, no trate de identificarse con un partido, por oficial que éste sea, en aras de representar al todo nacional. Desgraciadamente, una vez comprometido el prestigio de la Presidencia en favor de un partido, como fue el caso en Baja California, se hizo obvio para todos que el candidato oficial tenía que ganar, puesto que no eran Xicoténcatl Leyva ni el PRI local quienes perderían, en caso de una derrota, sino el Presidente mismo, y en nuestro sistema presidencial y autoritario eso es simplemente imposible. Así pues, con la participación directa de De la Madrid en Baja California, se definió de antemano el carácter y resultado de las elecciones. La acción presidencial —motivada por el justo temor a un triunfo panista— restó a la victoria de Leyva, en caso de que efectivamente ese haya sido el caso, mucho de su significado. El triunfo en Ensenada de un ex priísta bajo la bandera de un partido casi oficial (PST), no logró destruir las sospechas de que en Mexicali, pese a la abstención, fue el llamado "voto campesino" o "voto verde" —una manera eufemística de referirse a la vieja alquimia electoral del PRI— y no la popularidad, lo que finalmente le dio el triunfo al candidato oficial.

En fin, si el PRI desea, a la vez, vencer y ser funcional para la preservación de la estabilidad, deberá convencer. Ahora bien, dados los hechos recientes y la historia pasada, no es seguro de que el partido oficial cuente con la voluntad y menos con los medios para llevar a cabo tal hazaña.